El Modernismo y su contexto histórico-social

Rafael Gutiérrez Girardot

El Modernismo suele ser considerado como un movimiento literario que surgió súbitamente en Iberoamérica y que fue llevado a España por Rubén Darío. Es ya un hábito subrayar que el Modernismo iniciado por Darío fue un movimiento extraño en el mundo de lengua española, no solamente por su influencia francesa, sino porque no cantó la realidad americana ni se interesó por sus problemas políticos y sociales. Y, al subrayar la influencia francesa que Juan Valera llamó «galicismo mental» de Darío, se lo contrapone a un movimiento español contemporáneo, la famosa Generación del 98, que se caracteriza precisamente por su preocupación de España y por su crítica a la realidad social española. No es el caso entrar en las bizantinas dicusiones sobre la prioridad de Rubén Darío o de Julián del Casal o de José Martí o de Manuel Gutiérrez Nájera en la iniciación del Modernismo; o sobre la autenticidad o inautenticidad hispánica del movimiento; o sobre la diferencia o la comunidad de actitudes entre Modernismo y 98. Pues estas discusiones, que han conducido a un callejón sin salida, nacieron de una consideración formalista y parcial de la literatura en lengua española de fin de siglo y de una concepción estrecha del fenómeno de la modernidad, a la que se considera, según Juan Ramón Jiménez, como una época de caracteres unívocos, a la manera del Barroco o de la Ilustración. De ahí el que cuando se trata de *definir* el Modernismo, se acentúa siempre sólo un aspecto y se reduce una compleja pluralidad de factores a un claro y simple denominador común. Estas consideraciones críticas sobre el tratamiento del Modernismo en la historiografía literaria de lengua española hacen pensar que un análisis del Modernismo que trate de comprenderlo adecuadamente y de valorar su significación para la literatura de lengua española, debe renunciar a las categorías con las que se lo ha juzgado y en vez de reducirlo a un factor, sea el de su afrancesamiento o el de su autenticidad o el de época, describirlo y explicarlo con sus contradicciones en el contexto histórico-social de una época que, como el siglo XIX y, sobre todo, el último cuarto de ese siglo, fue plurívoco, contradictorio y complejo. Con esto se ha propuesto ya una tesis, esto es, que el Modernismo iberoamericano y la literatura española contemporánea son el producto de las transformaciones sociales en el mundo de lengua española. La tesis es vieja. La sostuvo Federico de Onís en el prólogo a su *Antología de la poesía española e hispano-americana* (1932), cuando afirmó que «el Modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy». Es necesario precisar que la crisis a que se refiere de Onís no es la de la disolución del siglo XIX y que no se inicia hacia 1885, sino que es más bien la de la disolución lenta del orden señorial y la de la formación, estabilización y triunfo de la burguesía, que se inició con la Revolución Francesa y, en los países de lengua española, con su diversa influencia. Esta no

Centro Virtual Cervantes

fue sólo la ideológica, la que inspiró el movimiento de la Independencia en Latinoamérica y la fugaz y paradójica de las Cortes de Cádiz, sino la influencia más concreta y duradera, y, sobre todo efectiva, que cristalizó en la legislación. Así, por ejemplo, aunque Fernando VII derogó todas las disposiciones constitucionales de las Cortes de Cádiz y restauró el Antiguo Régimen, ante la crisis económica de 1827 y el caos de la hacienda, se vio obligado a pactar con la burguesía y creó una junta de jurisconsultos, magistrados y conocedores del comercio para que elaboraran un Código de Comercio. Este Código, que recibió la sanción real en 1829, estaba influido por la legislación napoleónica y se fundaba en los principios de la propiedad individual, de la libertad de contratación y de libertad de concurrencias mercantiles. Con la garantía de la propiedad individual y de la libertad de contratación y concurrencia mercantiles se inició la liquidación del orden señorial y del Antiguo Régimen y se abrieron las puertas a una lenta revolución burguesa. A este código siguen otras disposiciones legales que lo amplían y precisan, como la que introduce la libertad de profesión sin sujeción a aprendizaje o examen, con lo cual se liquida otra institución del Antiguo Régimen, los gremios, pero lo que interesa poner de relieve aquí es que el Código español de comercio no solamente inició la liquidación del régimen señorial y, al abrir las puertas al desarrollo capitalista, produjo una transformación social, lenta y difícil, es cierto, sino que introdujo un principio regulador en las relaciones jurídicas, esto es, el de la racionalización del derecho y, por ese camino, indirectamente, el de la racionalización de las relaciones sociales. Más nítida y amplia fue la reforma que puso en marcha la promulgación del Código Civil chileno en 1854 que, elaborado por Andrés Bello sobre la base del Code Napoleón principalmente, fue adaptado después por casi todas las demás repúblicas iberoamericanas. Este Código que como su modelo liquidaba el régimen señorial, aunque tenía un carácter de conservatismo moderado, sustituía la legislación colonial y regulaba no solamente las relaciones de contratación, sino todas las relaciones sociales, especialmente, las de la familia. Y como el Código Español de Comercio, el Civil de Andrés Bello introdujo también el principio de la racionalización del derecho e indirectamente el de la racionalización de la vida. Estas reformas que iniciaron la disolución del régimen señorial y la formación de la burguesía son el aspecto jurídico y a la vez el fundamento de lo que cabría entender como crisis. Pues la disolución del Antiguo Régimen causó un vacío social; es decir, la supresión de formas conocidas y habituales de convivencia que no fueron sustituidas inmediatamente por nuevas formas, sino por principios y relaciones abstractos, por relaciones racionales.

La transición de una forma de vida colonial, tradicional, fundada en las relaciones personales, a una forma muy moderada de vida moderna, fundada en las relaciones racionales, anónimas, favoreció lo que Pedro Henríquez Ureña llama «el caos y la anarquía». Son las guerras civiles y los pronunciamientos que caracterizan la historia política del siglo XIX español y latinoamericano. Con todo, en medio del caos y de la anarquía, en las sociedades de lengua española se fue formando una sociedad burguesa, esto es, una sociedad que, para caracterizar sus valores, cabría definir con Hegel como una sociedad en la que todos sus miembros son medios para fines de otros y a su vez medios para los fines de los que son medios. Es una sociedad dominada por el egoísmo y el afán de ascenso social. Y esta sociedad burguesa fue formándose no sólo pese al caos y a la anarquía, sino también gracias a ellos. En *Fortunata y Jacinta* de Galdós, por ejemplo, los comerciantes Santa Cruz y Arnáiz, ejemplo del ascenso social a la sombra del comercio, hacían contratas de vestuario para el ejército y la milicia nacional —eran los de los pronunciamientos—. Y Galdós irónicamente apunta: «El pantalón blanco de los soldados de hace cuarenta años ha sido origen de grandísi-

BOLETÍN AEPE Nº 28. Rafael GUTIÉRREZ GIRARDOT. El modernismo y su contexto histórico-social

Centro Virtual Cervantes

mas riquezas». Y de igual origen es la fortuna de un personaje de la novela *Blas Gil* (1896) del colombiano José Manuel Marroquín, que cuenta el ascenso social y político de una persona de familia humilde. La literatura de la época está llena de esas figuras. Pero a la formación de la burguesía no contribuyó solamente su audacia de comerciante y arribista, sino la integración de iberoamérica y España en el capitalismo mundial. Francia e Inglaterra primero y más tarde los Estados Unidos hicieron considerables y lucrativas inversiones en los países de lengua española: en las minas, principalmente en España, en innovaciones como el ferrocarril, el telégrafo, el alumbrado, la electricidad, en diversos países iberoamericanos. Estas inversiones no sólo favorecieron el ascenso de la burguesía, que, como apuntaba el chileno Luis Orrego Luco en *Casa grande* (1908), «se sentía arrastrada por el vértigo del dinero, por la ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente», sino que además pusieron en marcha la modernización de la vida y de la industria. Y esta modernización de la vida mediante nuevos medios de comunicación y técnicas de explotación en las industrias caseras trae consigo nuevas costumbres, que influyen profundamente en la vida diaria. Estos cambios los registran en España novelistas como Galdós y Clarín, en América algunos costumbristas y una literatura nostálgica del pasado como *Recuerdos del pasado* (1886), del chileno Vicente Pérez Rosales, o una obra del mismo título y del mismo año del ya citado Luis Orrego Luco, o *La gran aldea* (1884), del argentino Lucio V. López, o, en fin, *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá* (1893), del colombiano José María Cordovez Moure, por sólo citar algunos ejemplos de esta numerosa literatura. Todas estas obras expresan con su nostalgia una cierta y resignada melancolía ante el presente nuevo, pero su valor es sobre todo documental, pues describen con detalle cambios que han sido pasados por alto por la historiografía social y sobre todo económica. Con cierta ironía, por ejemplo, recuerda Codovez Moure los «progresos de 1825 a 1860» y apunta: «Las reuniones periódicas de familia o tertulias tuvieron principio hacia el año de 1849 —corregidas y aumentadas— por haberse introducido en ellas los usos de las de igual clase de París y Londres.

El mueblaje empezó a reformarse o cambiarse por otro de mejor gusto, en que se contaban canapés y mesas de caoba con embutidos blancos al estilo del primer imperio francés; silletas de paja, espejos de cuerpo entero y marco dorado; grandes grabados en acero de asuntos históricos o fantásticos, jarrones de alabastro, porcelana o cristal, alfombra, piano inglés o bogotano (los fabricaba el norteamericano McCormick); alumbrado de velas esteáricas o lámparas con aceite de nabo; reloj de sobremesa con figuras de porcelana o de bronce. Se desterró de los comedores el uso de vasos y jarros de plata, para reemplazarlos con servicio completo e igual de cristalería; empezaron a cambiarse los trinches de hierro, que parecían tridentes de Neptuno, por elegantes y cómodos tenedores de metal blanco, y se cambió el servicio de mesa, que era un verdadero muestrario de cerámica de todas las fábricas del mundo, reponiéndolo con otros de porcelana de Sèvres o de loza de pedernal... Se presentan ya los albores de la nueva civilización que, poco a poco, se fue infiltrando en nuestras costumbres... Hoy repudiamos los buenos usos antiguos que hacían de Santa Fe una morada deliciosa, sin pretensiones de rivalizar con las más opulentas ciudades del mundo». El cambio que describe Cordovez Moure y que más adelante llama mercantilización de nuestras costumbres, delata no solamente la influencia de Londres y París, de lo que se ha llamado la «europeización», sino la presencia de dos mentalidades: la tradicional y la burguesa, esto es, la que se satisface con la «morada deliciosa sin pretensiones de rivalizar» con otras ciudades opulentas del mundo, y la que lleva adelante el cambio y no se satisface con el pasado y la tradición. Pero si la industrialización y el comercio, la europeización de la vida y de las costumbres cambiaron el

Centro Virtual Cervantes

interior de las casas y los hábitos, este cambio no se detuvo allí. En España y en Iberoamérica cambiaron los rostros de sus ciudades capitales. Para algunas, sirvió de modelo París, otras escogieron Londres y casi todas acudieron a estilos exóticos de diversas épocas, de modo que no ha de sorprender que un viajero norteamericano, Theodore Child, hiciera esta observación sobre lo que él llamaba ausencia de originalidad y sentido práctico en el planeamiento urbano de Santiago de Chile en el último cuarto del siglo pasado. La veía documentada en «las muchas mansiones particulares que la riqueza o la vanidad han erigido. Un señor tiene una casa al estilo de Pompeya, otro se ha hecho construir un sombrío edificio de falso estilo Tudor, y otro ha querido ser más original y ha pedido un palacete turco-siamés con cúpulas y minaretes. La más suntuosa mansión de Santiago... está más desprovista de originalidad que las otras. Es una valiosa construcción de dos pisos, con pilastras jónicas y capiteles y fayenza azul y amarilla a lo largo de la fachada. El jardín que rodea la casa también recuerda la horticultura europea... Esta casa ha sido proyectada por un arquitecto francés...» Lo que no podía saber el viajero Child era que la falta de originalidad que él observó en Santiago de Chile, el eclecticismo estilístico arquitectónico, no sólo era una peculiaridad chilena, sino una característica de la época. Buenos Aires también mostraba esa mezcla de estilos, al que contribuyeron las distintas colonias de emigrados europeos. Los ingleses, por ejemplo, regalaron a la ciudad la torre del reloj de estilo muy británico, que contrastaba con edificios de estilo francés o clásico. Y en Madrid el eclecticismo estilístico se elevó como principio de la nueva arquitectura. El arquitecto más influyente de esa época, Juan de Dios de la Rada, decía: «el arte arquitectónico de nuestro siglo tiene que ser ecléctico, confundiendo los elementos de todos los estilos para producir composiciones híbridas en que no se encuentre un pensamiento generador y dominante». De hecho, la arquitectura de entonces se caracterizó por el renacimiento que se llamó «neísmo» del gótico, del clásico, del plateresco, que fueron bautizados como neogótico, neoclásico, neoplateresco, etc. No deja de ser interesante recordar que este eclecticismo que disgustó a Child en Santiago de Chile también se daba en Europa. De la Viena de fin de siglo, del período en que nació Hofmannsthal, dice Hermann Vroch en su ensayo «Hofmannsthal und seine Zeit»: «Die Wesensart einer Periode läßt sich gemeiniglich an ihrer architektonischen Fassade ablesen, und die ist für die zweite Halfte des 19 Jahrhunderts... wohl eine der erbämlichsten der Weltgeschichte; es war die Periode des Eklektizismus, die des falschen Barocks, der falscehn Renaissance, der falscehn Gotik. Wo immer damals der abendländische Mensch den Lebensstil bestimmte, da wurde dieser zu bügerlicher Einengung und zugleich zum bürgerlicher Pomp, zu einer Solidität, die ebensowohl Srickigkeit wie Sicherheit bedeutete. Wenn je Armut durch Reichtum überdeckt wurde, hier geschah es.»

Pero esta riqueza no solamente encubrió la pobreza y los conflictos sociales que comenzaron a manifestarse hacia mediados del siglo, tanto en España como en Latinoamérica, con el paulatino nacimiento del movimiento obrero; esta riqueza, esta pompa, esta variedad de estilos encubrió también nostalgias, incertidumbres, angustias, temores. Pues la prosperidad burguesa, la mercantilización de la vida, que era consecuencia de la lenta liquidación del Antiguo Régimen o del ordenamiento señorial, había dejado un vacío, tanto en las relaciones sociales como en uno de los pilares de las sociedades hispanas: en el mundo de la religión. En España, este vacío se conoce como «crisis religiosa» y se expresa en la de autores como Galdós, Clarín, Valera; más tarde Unamuno, Baroja, Azorín y Antonio Machado. En Latinoamérica la padecieron José Asunción Silva, Julián del Casal, Leopoldo Lugones y Rubén Darío, entre otros. José Martí formula un estado general de conciencia que por las mismas

Centro Virtual Cervantes

fechas había comprobado Juan Valera en su Carta sobre el primer libro modernista de Darío, Azul, cuando, en el Prólogo al poema «Al Niágara» del venezolano José Antonio Pérez Bonalde, escribe: «Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz seguras en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más calladas están airadas y hambrientas la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra, y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras. ¡Qué golpeo en el cerebro!, ¡qué susto en el pecho!, ¡qué demandar lo que no viene!, ¡qué no saber lo que se desea!, ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite de alba!» No era influencia del pensamiento alemán, de la tesis sobre el fin del arte de Hegel o del *Discurso del Cristo muerto,* de Jean Paul, lo que movió a Martí a escribir estas frases. Pero lo que él formula y lo que sintieron sus contemporáneos no fue una crisis religiosa, sino el efecto de la secularización de la vida, que fue permanente y que les impidió a muchos, como a Unamuno o a Silva, superar la crisis personal de la pérdida de la fe. Por secularización —concepto problemático de la sociología de la religión— se entiende un proceso «por el cual partes de la sociedad y trozos de la cultura se liberan del dominio de las instituciones y símbolos religiosos. Este proceso influye en la cultura y se manifiesta en la desaparición de contenidos religiosos en el pensamiento y en las artes». A esta sumaria explicación de lo que se entiende por secularización hay que agregar que la desaparición de contenidos religiosos del arte y del pensamiento no significa la supresión o desaparecimiento de la religión. Al recordar el fin de siglo en Francia, decía Sartre que lo Sagrado se había depuesto en las bellas letras. Y esto precisamente ocurrió con la secularización en los países hispánicos. Nociones e imágenes religiosas, entraron en el vocabulario exquisito de la profanidad erótica o en el de la autocomprensión del escritor y poeta como sacerdote y sacrificio, como culto. Un ejemplo breve e ilustrativo de esta forma de secularización es el poema de Rubén Darío, «Ite, missa est», de *Prosas profanas* (1896): «Yo adoro a una sonámbula con alma de Eloísa, / virgen como la nieve y honda como la mar; / su espíritu es la hostia de mi amorosa misa, / y alzo al son de una dulce lira crepuscular. / Ojos de evocadora, gesto de profetisa, / en ella hay la sagrada frecuencia del altar: / su risa es la sonrisa suave de Mona Lisa; / sus labios son los únicos labios para besar. / Y he de besarla un día con rojo beso ardiente; / apoyada en mi brazo como convaleciente / me mirará asombrada con íntimo pavor; / la enamorada esfinge quedará estupefecta; / apagaré la llama de la vestal intacta / y la faunesa antigua me rugirá de amor!». Cabría citar otros ejemplos como el del uruguayo Julio Herrera y Reissig o de Antonio Machado, pero por el momento basta este ejemplo de Darío para ilustrar un efecto de la secularización. Esta permite trasladar, como se ha dicho, nociones e imágenes religiosas a campos profanos, pero, sobre todo, a ella se debe la posibilidad de lo que el historiador argentino José Luis Romero ha llamado la «trascendencia profana», es decir, la de un «mundo volcado hacia el futuro, pero no a un futuro del más allá y de la muerte, sino hacia un futuro histórico: no el de la eternidad, sino el de la posteridad». Esta trascendencia profana, este mundo volcado hacia un futuro y un presente históricos, cabría agregar, fue entendida y fomentada en los países de lengua española por las

Centro Virtual Cervantes

dos corrientes que dominaron parte del siglo XIX: el positivismo y el krausismo español. Pero estas dos tendencias tenían sus antecendentes, y no tienen interés como presunta adaptación de un sistema filosófico o de dos, ni tampoco en la historia de las ideologías como la ideología del progreso y de la sociedad burguesa. Su interés radica en la influencia real y efectiva que tuvo en la vida social de esos países. Pues el positivismo y el krausismo español fueron una forma de continuación del utilitarismo del inglés Bentham que, hacia 1820, estaba, como dice Menéndez y Pelayo, «en boga entre nuestros jurisconsultos y duraba aún por los años 34 a 37». Sus *Principios de legislación y jurisprudencia* fueron editados en España por Ramón de Salas, en 1821, y fueron difundidos en Iberoamérica, donde sirvieron de base para la organización política y sobre todo, junto con los elementos de la ideología de Tracy, para la organización de la enseñanza. Tanto el benthamismo, como la ideología de Tracy, como el positivismo y el krausismo se caracterizan, para decirlo sumariamente, por su acentuación de lo terrenal. Un positivista uruguayo, Rosalío Rodríguez, decía, por ejemplo, que el positivismo llega a comprender, por fin, «que el bien, como el deber y la justicia no tienen otra razón de ser que la naturaleza humana con sus necesidades y sus fines», y en respuesta a quienes le reprochaban al positivismo que mutilaba la moral humana, replicó: «La mutilan todos aquellos que están acudiendo constantemente a un principio superior para la explicación de fenómenos de la vida humana; la mutilan aquellos que fracturándose una pierna, padeciendo una infección pulmonar y otra dolencia cualquiera, imploran el favor de la divinidad para que los cure.» Y Julián Sanz del Río, el padre del krausismo español, decía que «a través de la ciencia se logrará dar unidad firmísima, dirección acertada, autoridad invencible a la verdad como expresión de la conciencia intelectual de la Humanidad». Y entonces, ésta conseguirá «ponerse en la entera posesión de su inteligencia y mediante ello realizar en la tierra su plena humanización». No es del caso entrar en el detalle de las polémicas que suscitó el positivismo en Iberoamérica, ni de las sectas que se formaron allí, ni de las resistencias que despertó el krausismo en España, ni del elemento religioso de los dos movimientos, porque lo que interesa recordar aquí es la eficacia que tuvieron estas corrientes en la vida de las sociedades hispánicas. Formaron una mentalidad terrenal, afirmaron y justificaron los afanes de la sociedad burguesa. Alejandro Korn resume el significado de la influencia del positivismo en Argentina —y lo que dice vale para otros países como Chile y México— hacia los años ochenta y de su contexto histórico, así: «Se liga a esta influencia el desarrollo económico del país, el predominio de los intereses materiales, la difusión de la instrucción pública, la incorporación de masas heterogéneas, la afirmación de la libertad individual. Se agrega como complemento el despego de la tradición nacional, el desprecio de los principios abstractos, la indiferencia religiosa, la asimilación de usos e ideas extrañas. Así se creó una sociedad cosmopolita de cuño propio...» En esta civilización cosmopolita de cuño propio, terrenal, sin metas transcendentes florece y se impone ese hedonismo que posibilita y hasta exige la secularización, tal como la ejemplifica el soneto de Rubén Darío «Ite missa est». Pero la secularización tiene el aspecto de la intranquilidad, de la incertidumbre, de la duda, de la desesperación a que se refirió Martí en el prólogo citado. Tal estado lo ilustra un extraño y ambigüo poema de Antonio Machado, «Otro clima», de *De un cancionero apócrifo* (1924-1926): «¡Oh cámaras del tiempo y galerías / del alma, tan desnudas! / dijo el poeta. De los claros días / pasan las sombras mudas. Se apaga el canto de las viejas horas / cual rezo de alegrías enclaustradas; / el tiempo lleva un desfilar de auroras / con séquito de estrellas empañadas. / Un mundo muere? Nace / un mundo? En la marina / panza del globo hace / nueva nave su estela diamantina? / Quillas al sol la vieja flota yace? / Es el mundo nacido en el

Centro Virtual Cervantes

pecado, / el mundo del trabajo y la fatiga? / Un mundo nuevo para ser salvado / otra vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga. / Calló el poeta, el hombre solitario, / porque un aire de cielo aterecido / le amortecía el fino estradivario. / Sangrábale el oído. / Desde la cumbre vio el desierto llano / con sombras de gigantes con escudos, / y en el verde fragor del oceano / torsos de esclavos jadear desnudos. / Y un nihil de fuego escrito / tras de la selva huraña, / en áspero granito, / y el rayo de un camino en la montaña.»

Antes de entrar en otro tema es preciso hacer un resumen: La transformación de la sociedad tradicional en una sociedad burguesa, que se inicia de manera concreta con la liquidación paulatina del régimen señorial y la racionalización de la vida, implicó la introducción de los valores burgueses del egoísmo, el provecho material y el enriquecimiento. Estos, favorecidos por la integración de los países de lengua española en el capitalismo, y por el consiguiente desarrollo económico, cambió los hábitos y las costumbres, el interior y el rostro de las ciudades, que se caracterizaron por un eclecticismo estilístico y, como los interiores, por el lujo y la pompa. Pero este cambio implicaba otro más profundo en el aspecto religioso: la secularización. Por la secularización, de la que son expresión el positivismo y el krausismo, se complementaron los ideales de la burguesía con el equivalente en moral al lujo, el hedonismo. A su vez, y como la otra cara de todos estos fenómenos de secularización, emerge un sentimiento de incertidumbre, de duda, de intranquilidad. Lujo, cosmopolitismo, secularización, hedonismo: tales son las características de la literatura de lengua española de fin de siglo. Y de estos caracteres participan en diversa medida, tanto el llamado Modernismo latinoamericano y el español como la llamada Generación del 98. Son caracteres que han surgido del cambio de mentalidad y de vida en los países de lengua española, pero que también se encuentran en la literatura europea de ese tiempo, como puede comprobarse con una observación que Hugo von Hofmannsthal hizo en su ensayo de 1893 sobre Gabriel D'Annunzio: «Heute scheinen zwei Dinge modern zu sein: die Analyse des Lebens und die Flucht aus dem Leben... Man treibt Anatomie des eigenen Seelenlebens, oder man träumt. Reflexion oder Phantasie, Spiegelbild oder Traumbild. Modern sind alte Möbel und junge Nervositäten. Modern ist das psychologische Grasswachsenhören und das Plätschern in der reinphantastischen Wundertwelt. Modern ist Paul Bourget und Buddha; das Zersncneiden von Atomen und das Ballspielen mit dem All; modern ist die Zergliederung einer Laune, eines Seufzers, eines Skrupels; und modern ist di instintmäßige, fast somnabule Hingabe an jede Offenbarungdes Schönen, an einen Farbenakkord, an eine funkelnde Metapher, eine wundervolle Allegorie.» Los que huían y analizaban la vida se rodeaban de viejos muebles, reflexionaban o soñaban, analizaban un suspiro o una desesperación, los que se entregaban a la belleza fueron, para citar sólo ejemplos, Unamuno y Rubén Darío, Antonio Machado y José Asunción Silva, Azorín y Leopoldo Lugones, Julián del Casal y Manuel Machado, Ganivet y Ricardo Jaimes Freyre. Pero no hacían todo eso, no huían de la vida ni la analizaban, según el caso, sólo por satisfacer sus necesidades interiores. Aunque eran burgueses, eran también antiburgueses porque en la sociedad burguesa no había función para el arte y para el poeta. Eran los marginados de la sociedad. Pedro Henríquez Ureña observa en su obra canónica *Las Corrientes literarias en la América hispánica,* que después de la época del caos y de la anarquía, a partir de 1870, «la prosperidad, nacida de la paz y de la aplicación de los principios del liberalismo económico, tuvo un efecto bien perceptible en la vida intelectual. Comenzó una división del trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política... El timón del Estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos... Y como la literatu-

Centro Virtual Cervantes

ra no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros...». El marginado por la sociedad burguesa, esto es, el poeta y el artista, que habían respondido a su marginación con gestos y ademanes de bohemios para «épater le bourgeois», encontraron pronto una nueva y difícil función en la sociedad: al dedicarse íntegramente a la vocación, a la literatura, iniciaron su profesionalización. Y en cuanto profesionales de la literatura adquirieron conciencia de su puesto en la sociedad. Con estos profesionales surge entonces la figura del intelectual. Son profesionales en un sentido primero, es decir, en el de trabajadores, artífices de la literatura. No hacen literatura, como sus antepasados, para adornarse con ella y entrar así a la política y a los altos cargos del Gobierno, sino que hacen literatura por la literatura misma, como un trabajo de artesano, en el mejor sentido de la palabra. No son vagos en sus construcciones, sino precisos, y no es casual que una palabra con la que ellos mismos designaban su tarea sea la de «pulir». Esta conciencia del instrumento y del trabajo literarios es patente en los escritores de lengua española del fin de siglo: en Darío, en Azorín, en Machado, en José Enrique Rodó, por ejemplo. Y es esta conciencia del trabajo artístico la que permitió la renovación de las letras de lengua española. Pero como profesionales en el sentido social de la palabra, ellos fueron intelectuales a la manera que Karl Mannheim llamó «freischwebende Intelligenz». Se les reprocha a todos ellos su labilidad política, con algunas excepciones, su vaguedad en el análisis de los problemas a que se dedican y, sobre todo, el acento conservador. Con todo, y aunque esto es así, aunque ciertas reacciones anti-burguesas fueron más bien reacciones anti-modernas y condujeron a facilitar las ideologías de los fascismos, es preciso reconocer que los escritores de lengua española de fin de siglo ampliaron el horizonte del mundo hispánico, e inauguraron una literatura de la que en Europa sólo se aprecia una de sus más recientes consecuencias: la del boom. Entre los autores del boom y los de fin de siglo se encuentra una literatura que va precisando y ahondando las formas de discusión con la sociedad reinante y va enriqueciendo con ello la expresión de un mundo complejo y problemático como es el hispano, de un mundo en el que precisamente se debe a la literatura que haya soportado, sin aniquilarse íntegramente, el canceroso «brazo de la espada».

BOLETÍN AEPE Nº 28. Rafael GUTIÉRREZ GIRARDOT. El modernismo y su contexto histórico-social

Centro Virtual Cervantes